

El león y el trono en la iconografía medieval: imagen de poder y exégesis teológica

Francisco de Asís García García

Correo electrónico: fdagarcia@ghis.ucm.es

Institución: Universidad Complutense de Madrid – Departamento de Historia del Arte I

Mesa: Rememorar *artefacta*, *atiffels*, atuendos

Dentro del rico simbolismo animal de la Edad Media, el león ocupa sin lugar a dudas una posición privilegiada. En su consideración simbólica confluyen diversas tradiciones de la Antigüedad que suelen coincidir en atribuirle valores de fortaleza y poder, entre otros muchos aspectos de su polivalente significado. Esto hace de él una criatura fácilmente asimilable a la figura del soberano o a la divinidad. Autores altomedievales como San Isidoro o Rabano Mauro califican al león de *princeps omnium bestiarum* o de *rex bestiarum*, y las diferentes versiones latinas del Fisiólogo griego aparecen encabezadas por aquél al que aplican el título de “rey de los animales”. A la luz de estas ideas es fácilmente comprensible que el león sea asociado al trono -entendido en un sentido amplio de asiento ceremonial-, uno de los símbolos de poder más evidentes a lo largo de los siglos, y elemento indispensable en las imágenes de aparato. Si bien en la Antigüedad era común dotar a ciertas piezas del mobiliario de formas leoninas como soporte o remate, será el texto bíblico de I Re 10, 18-21, en el que se describe el trono confeccionado por Salomón, el que jugará un papel fundamental como referente a lo largo de todo el periodo medieval. Junto al ineludible paradigma bíblico, el león constituía de por sí un complemento idóneo de la imagen del poder, al encarnar todo un cúmulo de virtudes asociadas al jefe, de las cuales nos dan noticia los bestiarios, los escritos sapienciales o la literatura enciclopédica y heráldica.

Pocos ejemplares de tronos nos han llegado de los siglos medievales. Algunos de los más destacados son el llamado *Trono de Dagoberto*, del Cabinet des Médailles de la Bibliothèque nationale de France, o la maltrecha *Silla de San Ramón* de la antigua catedral de Roda de Isábena. Sabemos de otros gracias a las fuentes literarias, como era el caso del situado en la *Magnaura* junto al Palacio Imperial de Constantinopla, dotado de efectistas ingenios mecánicos, o el de la silla abacial de la Abadía de Fleury referida en la *Vita* de su abad Gauzolino. Todos ellos compartían la característica de estar dotados de formas leoninas en su morfología o decoración. La carencia de evidencias materiales puede ser parcialmente paliada por el ingente acervo que proporcionan las representaciones figuradas en sus más variadas manifestaciones (escultura, pintura, ilustración de manuscritos, sellos, monedas, artes suntuarias, etc.). De este modo, puede comprobarse cómo la vinculación del león con el trono constituyó un fértil tópico en el imaginario y el arte de la Edad Media.

Si nos preguntamos en qué contextos figurativos se da dicha asociación, fácilmente se comprueba su incidencia en las representaciones áulicas y en las de las figuras sagradas. La imagen tipificada del soberano conocerá diversas modalidades en el mundo medieval, pero quizá la más común, por sus valores de representatividad, será aquella que bebe de la tradición clásica en la que el monarca se manifiesta entronizado y revestido con los *regalia*, las insignias de soberanía que exteriorizan su poder. Con gran frecuencia la decoración del solio adopta prótomos y garras de león, que han de suponerse una referencia directa al *thronus Salomonis*. Si bien el relato bíblico se refiere a éste como una compleja estructura, según el concepto de imitación que imperaba en la mentalidad medieval bastaba con la cita a una de sus características (en este caso los leones) para remitir ideológicamente al prototipo emulado. Sin embargo, la prudencia nos hace considerar que no en todos los casos puede afirmarse la existencia de una intención simbólica que condicione la elección de un determinado tipo de decoración o de tipología. Otros factores, como la mera imitación de ejemplares muebles contemporáneos o la reiteración de modelos figurativos ya consagrados, deben tenerse igualmente en cuenta. Respecto a la cuestión de la transmisión de los modelos, ha de destacarse que una de las morfologías de asiento reproducida con mayor frecuencia en época medieval responde a una silla de tijera, el *faldistorium*, derivada directamente de la silla curul romana. La *sella curulis* estaba reservada en la antigüedad a los cónsules y magistrados, e incluso fue utilizada por algunos emperadores. Constituía por lo tanto una seña inequívoca de poder que conoció, como tantos otros aspectos, una continuidad a través de los siglos medievales. En la iconografía, la incorporación de la figura del león al asiento se generaliza en los dípticos consulares tardoantiguos y bizantinos, ofreciendo una imagen codificada del dignatario que será continuada en la iconografía imperial carolingia y ottoniana, la cual recurre frecuentemente a ese tipo de trono en las efigies del soberano (buena prueba de ello son los retratos de Lotario I u Otón III en la ilustración de manuscritos de los siglos IX y X, donde se ha querido ver en ocasiones una evocación del citado *Trono de Dagoberto*). Las representaciones regias de época románica son claramente deudoras de dichos modelos, y en buena medida reiteran tronos semejantes, como puede observarse en algunos de los retratos reales del *Tumbo A* de la catedral de Santiago de Compostela o en la efigie de Mummadonna de la donación de Ordoño I en el *Libro de los Testamentos* ovetense. Sin embargo, el

trono de remates leoninos no será el más abundante en la iconografía áulica hispana tras la llegada de la Baja Edad Media, mientras que en otras monarquías europeas como la francesa, tanto la ilustración de manuscritos como los sellos o la numismática siguen reproduciendo asiduamente el modelo hasta fechas bien avanzadas.

El paradigma salomónico es un continuo referente para la realeza medieval, que aspira a encarnar las virtudes de las que hiciera gala el monarca de Israel. La aparición de un trono que emulase el descrito por el relato bíblico conectaba directamente la imagen del rey con la de su prototipo, legitimando así al monarca medieval. Como modelo por excelencia de rey justo, es comprensible que en determinados contextos la representación de Salomón, o la del rey contemporáneo como imagen de aquél, presida espacios consagrados a la impartición de justicia. Así ocurre en el *Locus apellationis* de la catedral de León, donde la figura regia se sienta sobre un trono de remates leoninos, clara referencia al trono descrito en el libro I de Reyes. En este sentido, y conectado con el valor simbólico que el animal cobraba en su asociación al trono salomónico, se ha querido ver la presencia de leones en los accesos de determinados templos, particularmente en la Emilia italiana, como una alusión a la función que en la Edad Media cobró el umbral del templo como espacio destinado a la celebración de actos jurídicos y asambleas. Asimismo, la evocación del trono de Salomón cobraría especial resonancia en la escenificación del Juicio Final, en tanto que acto de justicia suprema presidido por Dios y modelo para la justicia terrena.

Otro de los capítulos fundamentales dentro de las fórmulas de la iconografía áulica y de su impacto en el mundo cristiano lo constituye la imagen de la *Maiestas Domini*. Ésta comparte con la representación del soberano medieval fuentes similares de la tradición clásica. En la teoría política medieval, la identificación del monarca con Dios, del que se considera vicario en la tierra, es una constante que facilita el hecho de que uno y otro compartan atributos y se representen con los mismos signos de majestad. No será extraño, por lo tanto, ver a Cristo sentado sobre un *faldistorium* como el utilizado por los monarcas, tal y como ejemplifica, ente otros tantos ejemplos, un grupo de tímpanos hispanos de época tardorrománica (San Nicolás de Tudela, Santo Domingo de Soria o San Miguel de Estella). Sin abandonar el campo de las figuras sagradas, ha de señalarse la adaptación simbólica del trono de Salomón a la espiritualidad mariana como un capítulo de particular interés dentro del tipo iconográfico genérico de la Virgen-trono. Como es bien sabido, la Virgen María es considerada por los comentaristas como *sedes sapientiae*, idea que da lugar a una abundante producción de imágenes marianas sedentes. Dentro de éstas, en determinados casos la Virgen aparece sentada en tronos que ostentan leones como decoración, clara alusión al trono salomónico. Según ese tipo, quedaba reforzando aún más el papel adoptado por María como sede de la sabiduría personificada en su Hijo. Además, mediante tal referencia se enriquecían en gran medida los significados de la imagen mariana, al hilo de la rica simbología desarrollada por los exégetas en torno a la morfología y los materiales del trono de Salomón como imagen de las virtudes de la Virgen.

No sólo la parafernalia regia y las imágenes sagradas se valen de ornatos como los descritos, pues la asociación del león con el trono fue un hecho frecuente también en las cátedras y asientos episcopales. Así quedaba ensalzada la autoridad de su poseedor, una de las principales jerarquías en el orden eclesiástico, dotada además de competencias jurídicas. De ello dan cuenta un buen número de ejemplares pétreos italianos, o en el caso hispano la "Silla de San Ramón", que sigue la tipología de *faldistorium* ya comentada, presente asimismo en numerosos sellos episcopales. Ésta será reproducida también en los retratos de autor de los evangelistas, o en ciertas representaciones mayestáticas de los santos. Sin embargo, no constituye un atributo privativo de figuras paradigmáticas dentro del imaginario medieval. En tanto que emblema de poder, tronos como los mencionados acompañan también a figuras inicuas a las que se quiere dotar de relieve, como pueden ser el Diablo, señor infernal, o Herodes, investido de la dignidad regia. Incluso se extiende a otros personajes de signo negativo, entre los que cabe citar la célebre "Mujer adúltera" de la Puerta de Platerías de la catedral compostelana. En estos casos se opera una inversión de valores. Resulta significativo al respecto que en imágenes como la del mosaico del Baptisterio catedralicio de Florencia, los leones del trono de Satán se hayan transformado en bestias andrófagas. Ante representaciones de tan diverso signo resulta patente que el tipo de trono descrito constituye un claro ejemplo de atributo que, por su capacidad de enaltecer al personaje que sobre él se sienta, se adapta a diversos contextos iconográficos.

Dentro del periodo medieval, no sólo en el ámbito cristiano se recurrió a la imagen del león en asociación simbólica con el trono. Dicho animal también ocupa un lugar preeminente en la zoología emblemática musulmana. Si bien sus motivaciones son ajenas a las implicaciones teológicas apuntadas para las representaciones cristianas, en cierto modo ambas culturas beben de un sustrato oriental en lo que se refiere a la consideración simbólica de algunas especies animales. Ya en el mosaico pavimental de la llamada "sala de audiencias" de Khirbat-al-Mafjar se representaba, con claras connotaciones regias, a un león abatiéndose sobre una gacela, y una pareja de leones constituía a su vez el ornato del pedestal de la estatua principesca situada en el acceso a los baños. Las fórmulas de la iconografía áulica sasánida influirán determinantemente

en la gestación de una iconografía del soberano musulmán, y así, una serie de botes y arquetas de marfil andalusíes de época califal nos ofrecen un cierto paralelo visual para algunos de los aspectos que hemos reseñado en el mundo cristiano. De este modo, y enlazando con ciertos modelos iconográficos persas heredados por el califato abbasí, en piezas como el *Bote de al-Mughira* o la *Arqueta de Leyre* se muestra una figura (identificable con la representación en abstracto del príncipe) sentada “a la turca” sobre un estrado sustentado por leones, mientras que en el *Bote de Ziyad* el trono remata sus largueros en garras leoninas.

Ha de señalarse, por último, que si bien el león es el animal que con mayor frecuencia se asocia emblemáticamente al trono en el mundo medieval, no constituye el único caso. Su lugar puede ser ocupado por otras especies, dotadas de un contenido simbólico análogo relacionado con la esfera del poder, si bien es cierto que en estos casos la consecución de una imagen de aparato carece de las referencias salomónicas que otorga el león. Los más usuales serán el águila o seres fantásticos como el grifo (que participa en su morfología de rasgos leoninos), y avanzada la Edad Media cobrarán una notable presencia los cánidos. En otros casos la ambigüedad de las representaciones animales no permite mayor precisión. Asimismo, el león constituye un *leitmotiv* reiterado en otros *regalia* aparte del trono, como la decoración de mantos ceremoniales o los remates de cetro.

Con esta rápida revisión se pretende, pues, poner de relieve uno de los múltiples aspectos del rico simbolismo animal en la Edad Media y de su repercusión en la iconografía.